

REINA. Caballero...

RUY. (Arrodillado.) No temais, no me acercaré; pero debo revelárselo todo á vuestra majestad. Creedme, no soy vil. Hoy he corrido por la villa y corte como un loco, llamando la atencion de todos los transeuntes. Cerca del hospital que vos habeis fundado, al través del delirio, sentí vagamente que una mujer del pueblo enjugaba las gotas de sudor que caian de mi frente. ¡Tened piedad de mí, Dios mio, que mi corazon se desgarró!

REINA. Qué es lo que deseais de mí?

RUY. Que me perdoneis.

REINA. Nunca.

RUY. Nunca! Decís que nunca?

REINA. Lo repito, nunca.

RUY. (Se levanta, se acerca á la mesa, toma la redoma y se sorbe el veneno.) ¡Desventurada llama, apágate!

REINA. (Levantándose y corriendo hácia RUY BLAS.) Qué habeis hecho!

RUY. Terminar mis sufrimientos. Me maldecís y yo os bendigo.

REINA. (Fuera de sí.) D. César!

RUY. ¡Cuando recuerdo que me habeis amado!...

REINA. ¿Qué es ese filtro que habeis bebido? Decídmelo, D. César, que yo os perdono, os amo y os creo.

RUY. Me llamo Ruy Blas.

REINA. Repito que os perdono; pero decidme, contenia veneno esa redoma?

RUY. Sí, veneno; pero mi corazon rebosa de alegría. (Abraza á la REINA y eleva los ojos al cielo.) Permitidme, Dios mio, que un infeliz lacayo bendiga á la reina, porque ella ha consolado mi corazon desgarrado, viviendo, con su amor, y muriendo, con su piedad.

REINA. Veneno! ¡Yo soy quien le ha matado! Os amo, y si os hubiese perdonado antes...

RUY. (Desfalleciendo.) Hubiera obrado lo mismo. (Su voz se vá extinguiendo; la REINA le sostiene en los brazos.) No podia vivir ya. Adios! (Señalando la puerta á la REINA.) Huid de aquí y todo el mundo ignorará lo sucedido... Muero...

REINA. Ruy Blas!

Al espirar en sus brazos, la REINA le dá un beso.

RUY. (Muriendo.) Gracias!

FIN DE RUY BLAS.

con que se presentan. Así, no buscando en países y en sucesos que pertenecen á la historia impresiones sobrenaturales, abultamientos quiméricos que el ojo de los visionarios presta á los hechos puramente mitológicos; admitiendo el cuento y la leyenda, pero conservando el fondo de realidad humana de que carecen las gigantescas ficciones de la fábula humana, así, repetimos, existe hoy en Europa un sitio, que es para nosotros, bajo el punto de vista poético, lo que fué la Tesalia para Esquilo, un campo de batalla, memorable y prodigioso. Nos referimos á las orillas del Rhin. Allí también, como en la Tesalia, todo está devastado, destruido y aniquilado; todo allí presenta las huellas de una guerra encarnizada é implacable. No hay roca que no sea una fortaleza, ni fortaleza que no esté arruinada; por allí ha pasado sin duda el exterminio, pero exterminio tan inmenso, que el combate ha debido ser colosal. Efectivamente, hace seis siglos que en aquellas montañas lucharon otros Titanes y otro Júpiter, los burgraves y el emperador de Alemania.

El que escribe estas líneas ha entrevisto hace tiempo lo que hay de nuevo, de extraordinario y de interesante para nosotros, pueblos nacidos de la Edad Media, en esa guerra de los modernos Titanes, menos fantástica, pero no menos grandiosa que la de los Titanes antiguos. Los Titanes eran mitos, pero los burgraves eran hombres. Entre nosotros y los Titanes, hijos de Urano y de Ghé, media un abismo: entre nosotros y los burgraves solo media una serie de generaciones; las naciones ribereñas del Rhin provienen de ellos. De aquí nace que entre ellos y nosotros haya esa cohesión íntima, aunque lejana, por la cual, al par que los admiramos porque son grandes, los comprendemos porque son reales. Así, pues, con la realidad que despierta el interés, con la grandeza que engendra la poesía y con la nobleza que apasiona á la muchedumbre, se puede presentar á la imaginación del poeta la lucha del emperador y de los burgraves.

Preocupaba al autor de estas páginas este asunto, cuando la casualidad le condujo á las orillas del Rhin hace algunos años.

La vida que llevaba el autor en aquellos lugares, llenos de recuerdos, es fácil de imaginar. Vivía allí mucho más entre las ruinas del pasado que entre los hombres actuales. Cada día exploraba

algun antiguo edificio derruido, porque la sola idea que le preocupaba era arrancar de aquellas ruinas todo lo que pueden enseñar á un pensador.

Fácilmente se comprenderá que los burgraves se aparecieran al autor de este drama en medio de sus contemplaciones, porque repetimos que lo que hemos dicho de la Tesalia puede decirse del Rhin, y hubo en otro tiempo en esta región gigantes, que hoy son ya fantasmas, y estos fantasmas se le aparecieron al autor. De los derrumbados castillos que permanecen en aquellas colinas, su pensamiento pasó á los castellanos, de los que se ocupan las crónicas, la leyenda y la historia. Teniendo á su vista los edificios, trató de imaginarse á los hombres: por la concha puede imaginarse el molusco; por la casa puede adivinarse al habitante. Eran casas dignas de estudiarse los burgos del Rhin, así como sus habitantes los burgraves. Aquellos fornidos caballeros tenían tres armaduras: la primera se la daba su valor, era su corazón; la segunda era de acero, consistía en su armadura; la tercera era de granito, consistía en su fortaleza.

Un día, al regresar el autor de visitar las ciudadelas derrumbadas que erizan el Wisperthal, pensó en sacar una obra de su viaje y extraer un poema de la poesía que allí había aspirado. Le ocurrió la idea siguiente:

Reconstruir por medio del pensamiento, con toda su amplitud y con todo su poder, uno de los castillos en que los burgraves, semejantes á príncipes, llevaban una vida casi régia; describir en el burgo las tres cosas que encerraba, fortaleza, palacio y caverna, y después de enseñarlo en toda su realidad á los atónitos espectadores, instalar en él y hacer vivir juntas y á un tiempo cuatro generaciones. Al abuelo, al padre, al hijo y al nieto; presentar á toda esta familia como símbolo palpitante y completo de la expiación: imprimir en la frente del abuelo el sello de Caín, en el corazón del padre los instintos de Nemrod, en el alma del hijo los vicios de Sardanápalo, dejando entrever que el nieto podrá algún día cometer un crimen por pasión como su bisabuelo, por ferocidad como su abuelo y por corrupción como su padre: presentar al abuelo sometido á Dios y al padre sometido al abuelo; realzar al primero por el arrepentimiento y al segundo por la piedad filial, de modo que el abuelo pueda llegar á ser augusto y el padre grande,

mientras que las dos generaciones que le siguen, empujadas por sus crecientes vicios, van hundiéndose cada vez más en las tinieblas: hacer visible de este modo á la muchedumbre la gran escala moral de la degradación de las razas, que debiera servir de ejemplo vivo á los hombres, y que solo han visto hasta ahora los soñadores y los poetas; dar forma dramática á esta lección de los sábios; hacer de esta abstracción filosófica una realidad palpable, conmovedora y útil. Esta fué la primera parte, y por decirlo así, la primera faz de la idea que le ocurrió al autor.

En la referida familia, presentada de este modo, debían intervenir, para que la enseñanza fuese completa, dos grandes y misteriosos poderes: la Providencia y la fatalidad; la fatalidad que castiga y la Providencia que perdona. Cuando el autor concibió la idea que acaba de desarrollar, pensó desde luego que era necesaria esta doble intervención para la moralidad de la obra. Pensó que era preciso que en aquel palacio lúgubre, inexpugnable, bullicioso y omnipotente, poblado de hombres de guerra y de hombres de placer, rebotando de príncipes y de soldados, debía verse vagar, entre las orgías de los jóvenes y los sombríos ensueños de los ancianos, la figura de la esclavitud, y que esta figura debía personificarse en una mujer, porque solo la mujer ajada de cuerpo y de alma puede representar la esclavitud completa; y que personificase la fatalidad esta esclava, vieja, lívida, encadenada, salvaje como la naturaleza que contempla, feroz como la venganza que medita á todas horas, con el corazón lleno de las tinieblas, es decir, con el odio y con el espíritu lleno de la ciencia de las tinieblas, es decir, con la magia. Pensó también el autor que si era preciso que la esclavitud se arrastrase á los pies de los burgraves, no lo era menos que la soberanía viniese á estallar contra sus cabezas, y que en medio de aquellos príncipes bandidos debía aparecer un emperador. Pensó también que en una obra de este género, si tenía derecho, para pintar la época, á tomar de la historia lo que ella enseña, lo tenía igualmente para emplear y para poner en movimiento sus personajes, lo que las leyendas inventan; y que sería bello quizás despertar por un momento y hacer salir de las profundidades misteriosas en que está sepultado al glorioso Mesías guerrero que Alemania espera todavía, al

durmiente imperial de Kancerslautern, y arrojar terrible y fulminante, en medio de los gigantes del Rhin, al Júpiter del siglo doce, á Federico Barbaroja.

Pensó, por fin, que resultaría alguna grandeza de que una esclava representase la fatalidad y de que un emperador personificase á la Providencia. Germinaron las ideas en el espíritu del autor, y dispuso las figuras de modo que se tradujese su pensamiento y que se dedujese del desenlace, como filosófica y moral conclusión, que la fatalidad se estrella ante la Providencia, la esclava ante el emperador y el odio ante el perdón.

Como todo cuadro, por sombrío que sea, necesita un rayo de luz, es decir, un rayo de amor, creyó el autor que no bastaba bosquejar el contraste de los padres con los hijos, la lucha del emperador con los burgraves y el choque de la fatalidad con la Providencia; sino que era preciso además describir dos corazones amantes, y que fuera el alma de toda la acción dramática una pareja casta y abnegada, pura y cariñosa, colocada en el centro del cuadro y que irradiase en toda la obra.

Porque, según el autor de estas líneas, esta es la condición suprema de toda obra dramática, ya encierre una leyenda, ya una historia, ya un poema; porque ante todo debe ajustarse á la naturaleza y á la humanidad. Presentad si queréis en los dramas, porque tal es el derecho soberano del poeta, estatuas que se muevan ó tigres que se arrastren; pero mezclad hombres entre los tigres y las estatuas; usad del terror, pero también de la piedad; bajo las garras de acero, bajo los pies de piedra, haced que salga el corazón humano.

Después que se bosquejó en el pensamiento este poema al que escribe las presentes páginas, se preguntó á sí mismo qué forma le daría. Según su opinión, el poema debe tener la misma forma que el argumento. La regla *Neve minor neu sit quinto*, etc., solo tiene para él un valor secundario. Los griegos no la conocían, y las más importantes obras maestras de la tragedia, propiamente dicha, han nacido fuera de las condiciones de esta regla. La verdadera ley debe ser la siguiente: Toda obra de arte debe nacer con el corte particular y las dimensiones especiales que lógicamente le dá la idea que encierra. Lo que trataba el autor de pintar y de describir en el punto culminante de su obra, entre Barbaroja y Guanhumara, entre la Provi-

dencia y la fatalidad, era el alma del burgrave centenario, era Job el Maldito, que al llegar al borde de la tumba mezcla en su melancolía incurable este triple sentimiento: la casa, la Alemania y la familia. Pues estos tres afectos dan á la obra su division natural. Sustituyendo por un instante en la imaginacion los títulos de los tres actos de que consta, que solo expresan el hecho exterior, por otros más metafísicos que revelan el pensamiento íntimo del poeta, se verá que cada una de esas tres partes corresponde á uno de los tres sentimientos fundamentales del decrepito caballero alemán: casa, Alemania y familia. La primera parte podría llamarse la *Hospitalidad*, la segunda la *Patria* y la tercera la *Paternidad*.

Determinadas ya la division y la forma del drama, el autor resolvió escribir en el frontispicio de la obra la palabra *trilogía*. Aquí, como en otros casos, *trilogía* significa única y esencialmente poema en tres cantos, ó drama en tres actos. Pero el autor quería que esta palabra despertase un gran recuerdo, y glorificar en cuanto le fuera posible, con este tácito homenaje, al viejo poeta de la *Orestia*, que, desconocido de sus contemporáneos, decía con altiva tristeza: *Consagro mis obras al tiempo*; y significar también al público, por medio de esta asimilacion, que lo que el gran poeta Esquilo hizo con los Titanes, él, poeta por desgracia muy inferior á tan magnífica empresa, se atrevía á hacerlo con los burgraves.

Una palabra más y concluimos. LOS BURGRAVES no son, como han creído algunos, con la mejor intencion sin duda, una obra de pura fantasía, ni el producto de un vuelo caprichoso de la imaginacion. Nada de eso. Si una obra tan incompleta mereciese la pena de discutirse hasta ese extremo, muchos quizás se sorprenderían al saber que estaba muy lejos del pensamiento del autor, al elegirse este asunto, que fuese un mero capricho de su imaginacion, como no lo ha sido ninguno de los que ha tratado hasta ahora. Hoy existe una nacionalidad europea, como existía una nacionalidad griega en los

tiempos de Esquilo, de Sófoles y de Eurípides. Toda la region de la civilizacion, cualquiera que ésta haya sido y cualquiera que sea, ha constituido siempre la gran patria del poeta. Para Esquilo lo era Grecia, para Virgilio el mundo romano y para nosotros la Europa. Donde quiera que hay civilizacion, la inteligencia se encuentra en sus dominios. Así, en la proporcion de vida, y suponiendo que sea permitido comparar lo pequeño con lo grande, si Esquilo, al cantar la lucha de los Titanes, escribía en su tiempo una obra nacional para la Grecia, el poeta que relata hoy la lucha de los burgraves escribe una obra igual para la Europa, con el mismo sentido y con la misma significacion. Cualesquiera que sean las antipatías momentáneas y las querellas sobre las fronteras, todas las naciones cultas pertenecen al mismo centro y están indisolublemente enlazadas entre sí por secreta y profunda unidad. La civilizacion nos dá á todos el mismo corazón, el mismo espíritu, el mismo objeto y el mismo porvenir. Por otra parte, la Francia, que presta á la civilizacion su lengua universal y su iniciativa soberana, aun cuando nos una á Europa una especie de nacionalidad comun, no por eso deja de ser nuestra primera patria, como Atenas fué la de Esquilo y la de Sófoles. Los dos grandes trágicos de la antigüedad eran atenienses, como nosotros somos franceses, y nosotros somos europeos como ellos eran griegos.

Esta idea merece desarrollarse. Quizás el autor lo haga algun día, abarcando así mejor en su conjunto las obras que hasta aquí ha producido, dando mejor á conocer así su cohesion y el pensamiento que las anima. Entre tanto, se complace en repetir que la civilizacion entera es la patria del poeta, y esta patria no tiene otra frontera que la línea sombría y fatal donde empieza la barbarie. Debemos esperar que llegue el día en que el globo entero esté civilizado, y entonces se realizará el magnífico sueño de la inteligencia: el sueño de tener por patria al mundo y por nacion á la humanidad.

25 de Marzo de 1843.

LOS BURGRAVES

PERSONAJES

EL CONDE JOB, BURGRAVE DE HEPPENHEFF.
MAGNUS, HIJO DE JOB.
HAFFO, HIJO DE MAGNUS.
FEDERICO BARBAROJA.
OFBERTO, CAPITAN DE ARQUEROS.
GUANHUMARA, ESCLAVA.
LA CONDESA REGINA.
EDUVIGIS.

EL CAPITAN DEL BURGO.
ESCLAVO PRIMERO.
ESCLAVO SEGUNDO.
CABALLERO PRIMERO.
CABALLERO SEGUNDO.
CABALLEROS.—ESCLAVOS.—SOLDADOS.—ESCUDEROS.—
HERALDOS.—MÚSICOS, etc. etc.
Heppenheff (Alemania), siglo XIII.

PRIMERA PARTE

El abuelo

Antigua galería de retratos señoriales del castillo de Heppenheff. Esta galería, que era circular, se desarrollaba alrededor de la gran torre del Homenaje y comunicaba con el resto del castillo por cuatro puertas grandes, situadas en los cuatro puntos cardinales. Una parte de la misma, que dá la vuelta, se vé perderse tras el muro redondeado de dicha torre. A la izquierda se vé una de las cuatro grandes puertas de comunicacion. A la derecha otra alta y ancha, que comunica con el interior de la torre del Homenaje, á la que se llega por una escalera de tres gradas, junto á la que hay una puerta de escape. En el fondo una galería romana abovedada con pilares bajos y capiteles rasos que sostienen un segundo piso practicable, que se comunica con la galería por una gran escalera de seis gradas. Al través de estas amplias arcadas se vé el cielo y el resto del castillo, en cuya más alta torre flota inmensa bandera negra. A la izquierda de la puerta grande de dos hojas una ventanilla cerrada con vidriera de colores, y allí cerca una poltrona. Toda la galería tiene aspecto ruinoso é inhabitable. Los retratos colgados en las paredes de la galería están todos vueltos del revés, es decir, cara á la pared. Al levantarse el telon es el caer de la tarde. La parte del castillo que se vé por las archivoltas del fondo parece iluminada interiormente por la luz del día. Oyese hácia esta parte del burgo sonar trompetas y clarines y por intervalos canciones entonadas por voces robustas al choque de las copas. Más cerca suena ruido de hierros, como si gente encaadenada fuera y viniera por la parte no visible de la galería. Una mujer vieja, tapada con un largo velo negro, vestida con un sayal pardo lleno de girones, llevando una cadena que se ata por un doble anillo á su cintura y á su pié descalzo, y con collar de hierro en el cuello, se apoya de espaldas en la puerta grande y está escuchando las risas y los cantos de la sala inmediata.

TOMO III.

ESCENA PRIMERA.

GUANHUMARA sola.

Canto fuera.

De las civiles guerras
nuestro poder nació,
y reyes y ciudades
nuestro ludibrio son.

Prosperan los burgraves
del exterminio en pos:
físguémonos del Papa
y del emperador.

A hierro y fuego entre
siempre nuestro pendon;
físga hagamos, burgraves,
de Satanás y Dios.

Suenan trompetas y clarines.

GUANHUMARA. Los príncipes están alegres y el festin dura todavía; los cautivos, recibiendo latigazos, trabajan desde que amanece; allí se oye el ruido de la orgía y aquí el ruido de las cadenas. Allí el padre y el abuelo, pensativos y cargados de años, buscan la sombría huella de todo lo que han hecho, meditando en su vida y en su raza, contemplando, solos y lejos de las triunfantes risas, sus crímenes, menos repugnantes que sus hijos. En sus prosperidades, hasta hoy completas, esos burgraves son grandes: los marqueses de las fronteras,

los condes soberanos, los duques, hijos de los reyes godos, se inclinan ante ellos, como si fueran sus iguales. El burgo, lleno de tocatas, de canciones y de gritería, se eleva inaccesible hasta las nubes. Millares de soldados y bandidos de ojos centelleantes vigilan por todas partes con el arco en una mano, la lanza en la otra y la espada entre los dientes. Todo protege y defiende este antro inabordable. La pobre esclava, vieja y débil, con la cadena al pie y con la argolla al cuello, se arrastra sola en un rincón del formidable castillo; pero ¡temblad, príncipes! porque esta esclava representa el odio.

Se retira al fondo y sube las gradas de la galería. Entra por la derecha una cuadrilla de esclavos con cadenas, que llevan las herramientas del trabajo. Apoyada en el pilar, GUANUMARA los mira pensativa.

ESCENA II.

Los ESCLAVOS.

Se adelantan lentamente por grupos separados: los esclavos estudiantes van con los otros estudiantes; los mercaderes y los artesanos se juntan, etc. etc.; los viejos parecen abrumados de fatiga y de dolor. Durante toda esta escena y las dos siguientes se oyen de vez en cuando los gritos y los cánticos de la sala contigua. Dejan las herramientas que llevan y algunos se sientan en las gradas de piedra que hay delante de la puerta del torreon.

ESCLAVO 1.º Por fin llegó la hora del descanso; estoy rendido!

Esc. 2.º Ay! yo era libre y rico, pero ahora...

Agitando la cadena.

Esc. 1.º (Señalando á GUANUMARA.) ¿A quién espiará esa mujer?

Esc. 2.º Lo ignoro; solo sé que la apresaron con unos mercaderes de San Galo.

Esc. 1.º Eso es indiferente; pero mientras á nosotros nos sujetan, á ella la dejan andar libre.

Esc. 2.º Dicen que ha curado de una fiebre maligna á Haffo, el mayor de los nietos de Job.

Esc. 1.º Al burgrave Rollon le mordió el otro día una serpiente en el pie y también lo curó.

Esc. 2.º De veras?

Esc. 1.º Creo que es hechicera.

Esc. 2.º No lo creas... está loca.

Esc. 1.º La verdad es que posee secretos curativos y que ha restablecido la salud á Rollon y á Haffo y á tres leprosos, de los que huía todo el mundo.

Esc. 2.º Algo grave maquina esa mujer. Creo que trae algun negro pro-

yecto entre cejas, combinado con los tres leprosos, que la quieren mucho. En todos los rincones se les vé juntos, como si fueran tres perros que siguieran á una loba.

Esc. 1.º Ayer estaban los cuatro en el cementerio, en el osario de los leprosos: ellos construian un ataúd y ella, arremangada, agitaba un vaso, mientras cantaba y componia un filtro con huesos de muerto.

Esc. 2.º Esta noche pasada, que era muy clara, iban vagando los tres leprosos enmascarados y la vieja con su largo velo; yo, que no dormia, los ví pasar sobresaltado.

Esc. 1.º Me figuro que tienen algun escondrijo en los subterráneos. El otro día se dirigian á una muralla, taciturnos y malhumorados los cuatro; me separé de allí para no estorbarles, y cuando volví á mirar habian desaparecido, hundiéndose en el muro.

Esc. 2.º Esos leprosos hechizados me importunan.

Esc. 1.º Lo que te cuento fué en la Cueva Perdida.

Esc. 2.º Encuentro natural que los leprosos sirvan á la que los ha curado.

Esc. 1.º Sí; pero esa vieja endemoniada, en vez de curarlos, debió hacer que recuperase la salud la cariñosa niña prometida de Haffo, la sobrina del anciano Job, que tan enferma está en el castillo.

Esc. 2.º Dios asista á Regina! ¡Esa niña es un ángel!

Esc. 1.º Se está muriendo.

Esc. 2.º Es una lástima! La mata el horror que le causa Haffo.

Esc. 1.º Pobre niña!

GUANUMARA reaparece en el fondo del teatro y lo atraviesa.

Esc. 2.º Aquí vuelve la vieja que me espanta. Cada vez que la veo me dá miedo.

Esc. 1.º Maldito sea este burgo!

Esc. 2.º Calla por Dios!

Esc. 1.º A esta galería no vienen nunca nuestros amos; ahora están lejos y divirtiéndose. Quién ha de oírnos?

Esc. 2.º (Bajando la voz é indicando la puerta del torreon.) Allí están los dos.

Esc. 1.º Quiénes?

Esc. 2.º Los dos viejos, el padre y el hijo. Excepto Regina, que reza con ellos algunas veces, segun me ha dicho la nodriza Eduvigis; excepto Ofberto, ese jóven aventurero que vino el año pasado á prestar servicio en el castillo y que el abuelo aprecia mucho porque es muy

leal, nadie abre esa puerta ni entra aquí. El anciano está solo en su antro: en otro tiempo enviaba carteles de desafío á todo el mundo, y veinte condes y veinte duques, con sus hijos y sus nietos, rodeaban como un rey al patriarca bandido; pero la edad le ha quebrantado y está ya fuera de combate. Así vive triste y solitario bajo un dosel de brocado. Su hijo el viejo Magnus, de pié y respetuoso ante él, le sostiene su antigua lanza. Pasa las semanas y hasta los meses callando, y por la noche entra, pálido y abrumado de pesares, en un corredor secreto, cuya llave él solo tiene. Dónde irá?

Esc. 1.º Pesares extraños le atormentan.

Esc. 2.º Sus hijos le atormentan como demonios.

Esc. 1.º Por eso le llaman el Maldito.

Esc. 2.º Quizás sea por eso.

Esc. 1.º El último hijo lo tuvo siendo ya muy viejo y queria con idolatría al rapazuelo, pero aun no habia cumplido un año cuando se lo robaron.

Esc. 2.º Se lo robó una gitana.

Esc. 1.º En una senda de un campo de trigo.

Esc. 2.º Me han referido que se construyó este burgo sobre una cumbre, y que despues, por haber abrigado un gran crimen, quedó mucho tiempo desierto, y luego le demolió la orden Teutónica; pero que al fin el olvido borró este recuerdo, y un día el dueño del burgo, que era hombre fantástico, cambiando de nombre como se cambia de máscara, volvió: desde entonces está enarbolada en el castillo esa bandera negra.

Esc. 1.º ¿Has observado, por bajo del torreon redondo que domina el torrente, una ventana estrecha abierta á pico sobre los fosos, donde se ven tres barrotes torcidos y casi arrancados?

Esc. 2.º Allí está la Cueva Perdida de que te he hablado antes.

Esc. 1.º En esa guarida sombría dicen que habita un fantasma.

Esc. 2.º Bah!

Esc. 1.º Cualquiera diria que en otro tiempo por allí corrió sangre.

Esc. 2.º Lo cierto es que nadie puede entrar; no se sabe por dónde se entra, y la ventana es lo único que se vé.

Esc. 1.º Pues yo, que paso algunas noches por allí cerca, oigo pasos dentro.

Esc. 2.º Estás seguro?

Esc. 1.º Segurísimo.

Esc. 2.º Variemos de conversacion, que lo más prudente es callar.

Esc. 1.º Lo cierto es que este burgo está lleno de misterios.

Esc. 2.º Qué le vamos á hacer! Lo que debe sucedernos solo Dios lo sabe.

Esc. 1.º Pues oye lo que á mí me han referido de esa cueva. Cierta noche penetró en ella sin saberlo el conde Max, y gracias á una luz fosforescente, vió de pronto sentado en un sitial de mármol á un anciano venerable, majestuoso é imponente. Sabes quién era?

Esc. 2.º Quién era?

Esc. 1.º Me extremezco solo al pensarlo: era el César Federico.

Esc. 2.º Barbaroja!

Esc. 1.º Sí, era el emperador Federico Barbaroja. Estaba durmiendo: su barba, que fué de oro en otro tiempo y entonces era blanca, daba tres vueltas á la mesa de piedra; sus largas pestañas cerraban sus pesados párpados, y sobre su rojo escudo, el traspasado corazón manaba sangre: de vez en cuando, inquieto y en medio del sueño, acercaba la mano á la espada.

Esc. 2.º Has terminado ya?

Esc. 1.º Voy á terminar. Al oír los pasos del conde Max en el sombrío corredor, se despertó el dormido César, levantó la calva frente, y fijando en el conde las miradas siniestras, le dijo: "Caballero, ¿se han marchado ya los cuervos?" "No, señor," le contestó el conde Max Edmond. Sin pronunciar más palabras volvió el anciano á inclinar la cabeza, y Max, espantado, vió que se durmió otra vez el fantasma emperador.

Esc. 2.º Vaya un cuento chistoso! Aseguran, sin embargo, que hace veinte años se ahogó en el rio Cydnus, al frente de su ejército imperial.

Esc. 1.º Eso no es seguro, porque no se ha podido encontrar el cadáver.

Esc. 2.º Lo arrastrarian las olas.

Esc. 1.º Puede... No sé si sabrás lo que un monje auguró á Federico Barbaroja en el momento de nacer.

Esc. 2.º No.

Esc. 1.º Le predijo lo siguiente: "Ese niño, que dictará leyes al mundo, se le creará muerto dos veces y revivirá las dos."

Esc. 2.º Es posible!

Esc. 1.º Cuentan que á su padre el duque Fritz preocupó mucho esta predicción. Por eso, al poco tiempo de nacer Barbaroja, le encerró en una torre de su palacio, queriéndole ocultar á todo el mundo. Tenia el duque Fritz otro hijo, que no engendró en el tálamo nupcial, y que creia que se llamaba su padre Othon